

¿Qué libro para qué ciudad?

La hormiga atómica liburuak

Barcina loves Don Quijote

Hace ya un tiempo, un intrépido periodista pidió a Yolanda Barcina, entonces Alcaldesa de Pamplona, que recomendase un libro. La regidora respondió apresuradamente “Don Quijote”. Suponemos que fue lo primero que le trajo a la cabeza la palabra “libro”. Su asesor de imagen lloró esa noche.

En otra ocasión, creemos recordar que con la inauguración del carril bici de la Vuelta del Castillo, la regidora declaró, posando en bicicleta y con casco, que adoraba “pasear en bicicleta”, pero que no podía hacerlo a menudo “por falta de tiempo”. Su asesor aquí no se percató de nada. Lástima.

Ambos episodios, aparentemente inconexos, nos servirán aquí para introducir algunas ideas sobre el papel del libro en la ciudad. Empecemos por el final. Enunciar el “paseo” como la principal función de la bicicleta es algo muy significativo. El paseo, el disfrute del ocio; es decir, aquella actividad secundaria, irrelevante en mi vida diaria. Aquello relegado al “tiempo libre”, para lo que quien trabaja mucho no tendrá tiempo, claro. Las políticas de movilidad urbana impulsadas bajo esta visión de la bicicleta serán, pues: priorizar el coche para los desplazamientos habituales, y hacer carriles bici (o aceras-bici, en su versión más *clown*) para pasear.

Volvamos al libro. Que la alcaldesa responda “Don Quijote” (o lo que es lo mismo: no leo o no me acuerdo del último libro, ya que no tenía nada que ver conmigo) no es casual. El libro, que tampoco afecta a mi actividad principal, ni a mi forma de pensar, ni a mi modo de vida, es un objeto que sirve como entretenimiento. Si las bicicletas son para pasear, los libros son para entretenerse.

Podríamos pensar que, más allá de su función, es un logro que los libros y las bicicletas hayan conquistado parte del sentido común. Que nadie se declare en contra, que la alcaldesa afirme disfrutarlos cuando tiene tiempo. Todos dicen que aman los libros y las bicicletas. Sirven para decorar escaparates y tiendas de ropa *cool*. Sin embargo, lo que nos preocupa es algo que lo acompaña: el concepto de libro.

Nos viene grande la pregunta ¿qué es un libro? Sin embargo, podemos abordar su hermana menor: ¿para qué sirve un libro? A su vez, esta cuestión es la versión micro de una problemática más general, que se traslada al papel de la cultura en la ciudad y por consiguiente a la pregunta ¿para qué sirve la cultura?

¿Qué cultura para qué ciudad?

Era el título de un texto de REC que pudimos leer hace unos meses. Pues bien, recordemos algo de lo que se decía ahí para pensar después la cuestión del libro.

La fórmula de la pregunta era muy sugerente. Suponía, de por sí, un primer paso adelante en la discusión. Orientaba el debate, lo cargaba de fuerza y de sentido con una sencilla operación: estableciendo de partida un vínculo indisoluble entre la cultura y la ciudad, entre sus respectivas prácticas, sus espacios, sus posibilidades, sus futuros. El mismo enunciado cortocircuitaba las respuestas evasivas y bloqueaba las salidas tipo “Don Quijote”.

De hecho, ¿qué cultura para qué ciudad? admite una enorme cantidad de respuestas, pero a todas ellas les obliga a reconocer que la cultura no es un juego sin consecuencias. La importancia de la pregunta, en definitiva, es que pone sobre la mesa la inevitable condición política de toda práctica de cultura. Impide confundirla, por tanto, con un mero entretenimiento, así como asimilarla a los paseos en bici.

En el texto de REC se nos proponía que reconociéramos algo más: la cultura genera una riqueza, tanto económica como simbólica, que vuelca en la ciudad. La cuestión clave, en este punto, es cómo se cuida, se aumenta y se reparte esa riqueza. ¿Quién se queda con ella? Un tejido cultural vivo, por ejemplo, produce normalmente beneficios para la hostelería, la industria del turismo y el sector inmobiliario. Pero, ¿qué retornos reciben los productores, la gente que trabaja en el sector de la cultura? ¿Y el tejido social más amplio que sostiene y hace posible su actividad?

114

El ciclo inmobiliario

Las políticas culturales, en las cuales se inserta el libro (y las bibliotecas), han vivido ajenas a estas cuestiones. Las respuestas que se han venido dando desde las instancias de mando al “¿para qué sirve la cultura?” habremos de buscarlas siguiendo dos vectores fundamentales que se combinan. Por un lado el torpe intento por aprovechar los efectos de la cultura para apuntalar un modelo económico, y por otro lado el miedo a una producción autónoma de subjetividad que pueda desvirtuar un determinado modelo social.

La tímida apuesta cultural por parte de las instituciones no pasa por potenciar espacios de creación, siempre autónomos, sino, bien al contrario, por la promoción de eventos ajenos a la vida de la ciudad, así como por la *parquetematización* del espacio urbano. En ese sentido se diseñan las políticas culturales que cabalgan sobre el ciclo inmobiliario y lo intentan alimentar. Tanto el proyecto de Museo de los Sanfermines como la misma candidatura de Pamplona a Capital Europea de la Cultura 2016 forman parte de un tablero de juego en el que el Gobierno Municipal pretende jugar su partida afianzando la marca-pamplona en la competición interurbana por la atracción de capitales, y de turismo.

Vayamos al modelo económico. ¿Por qué decimos que estas políticas culturales cabalgan sobre el ciclo inmobiliario?

Por varios motivos. Por un lado, son dependientes de las políticas de infraestructuras para atraer turismo (construcción de nuevas autovías, tren de alta velocidad, renovación del Aeropuerto de Noáin...). Por otro lado, suponen auténticos estímulos para la revitalización urbana de ciertas zonas, apuntalando políticas de encarecimiento del precio del suelo que alimenten el ciclo inmobiliario (más plusvalías, más IBI, más impuestos por licencias, etc.). Y por último, porque las políticas culturales destinan buena parte de sus presupuestos directamente en la construcción de edificios. En definitiva, se insertan en la economía del ladrillo y la alimentan. Y bien sabemos, ahora que estamos en la época de los desahucios, quiénes pierden con este modelo económico.

¿Qué libro para qué ciudad?

Lo anterior nos permite bosquejar el modelo económico que subyace a las políticas culturales. Sin embargo, como decíamos, hay otro factor que las condiciona fuertemente; a saber, el miedo a la producción de subjetividad autónoma. Aprovecharemos ahora para descender al libro (y a las bibliotecas), de la mano de las ideas que utilizábamos como introducción.

El libro sirve para entretenerse y las bicicletas sirven para pasear, decíamos. Ese libro que entretiene, que divierte, es un libro que puede ser llevado al extrarradio de la ciudad. Ése es su lugar físico, y también ése es su lugar simbólico. En las afueras de la vida, en un solar al que ir cuando se tiene tiempo libre. Para ese libro se ha desplazado la Biblioteca General de Navarra a los confines del terreno municipal. En el solar municipal donde podría haber estado se situará, en cambio, El Corte Inglés.

115

Para ese libro se diseñan las plantillas de las bibliotecas y se entrega a empresas privadas la gestión de algunas de ellas. Para ese libro se diseñan los horarios de apertura. Ese es el libro que admite los recortes. No hay fondos suficientes, se entiende, para el entretenimiento. Ése es el libro que encaja en una biblioteca como espacio secundario, despegado de la ciudad en la que se asienta y de sus problemas. Esa biblioteca contra la que luchan, por suerte, muchas bibliotecarias y bibliotecarios.

Pero ese libro ha de convivir con otros. Diferentes. Y de ellos queremos hablar ahora. Sirva esto como una pequeña apología del libro como arma, como agente de cambio. Como herramienta del pensamiento. Decía Deleuze que un libro se parece bien poco a un contenedor de conocimientos; que es más bien como una llave inglesa, que te puede servir o no.

Pues bien, esos libros-herramienta son los que nos acompañan en nuestro día a día, nos aconsejan, nos critican, nos duelen. Esos libros que nos hablan de los problemas de nuestra vida, nos ayudan a crecer, a entender. Son los libros que construyen ciudad, que confrontan la realidad con sus múltiples derivaciones posibles. Son los libros que no entienden de discriminación lingüística, que nos hablan en el idioma que queremos leer. Son los libros que nos miran a los ojos, nos hablan de tú a tú. Nos repelen, nos provocan, nos implican.

Son los libros que no admiten censuras, que no permiten ser discriminados en los Civivox como "libros susceptibles de ser presentados" o no, según criterio del concejal de turno. Son

los libros que hacen que la ciudad y la biblioteca se comuniquen, se quieran. Son los libros que dan vida a las bibliotecas porque con ellos las bibliotecas reviven la ciudad.

Esos son los libros que más queremos. Y sus bibliotecas, nodos de lazos comunitarios, sociales, políticos y culturales. Esos son los libros y las bibliotecas que nos permiten seguir viviendo en esta ciudad.